

Una Virgen marinera en San Martín



El 2 de enero pasado asistía en San Fernando a la despedida de los guardiamarinas que partían a bordo del buque escuela Juan Sebastián Elcano, a los que precedió en el embarque la imagen de Nuestra Señora del Rosario, comúnmente conocida como La Galeona. Acto que se repite cuando nuestros marinos inician su crucero de instrucción para dar la vuelta al mundo, en cuya ocasión les acompaña la que fue Patrona de la Carrera de Indias, y la advocación mariana marinera por excelencia, hasta que en 1901 fuese proclamada la Virgen del Carmen como patrona de todas las marinas, tanto civiles como militares. En el 2010 el viaje era más corto, ya que la imagen viajó solo dentro

de la bahía gaditana, desde el Arsenal de la Carraca al puerto de Cádiz, para celebrar el inicio del Bicentenario de las Cortes de Cádiz.

Al llegar a San Martín por el camino de La Nava, me encuentro con una de las siete ermitas que dieron nombre a la población, dedicada también a la Virgen del Rosario, hecha de sillería de pequeñas proporciones, con una puerta rematada por un dintel de granito, en el que se ha tallado una simbólica jarra de azucenas, símbolo de virginidad. Esta advocación de Nuestra Señora está muy extendida por toda España y gran parte del orbe cristiano. Cuenta la leyenda que la Virgen se apareció en 1208 a Santo Domingo de Guzmán con un rosario en las manos, le enseñó a rezarlo y le dijo que lo predicara entre los hombres; además, le ofreció diferentes promesas referentes al rosario. El santo se lo enseñó a rezar a los soldados liderados por su amigo Simón IV de Montfort antes de la Batalla de Muret, cuya victoria se atribuyó a la Virgen. Por lo que Montfort erigió la primera capilla dedicada a ésta advocación mariana.

El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar la batalla naval de Lepanto, en la que los cristianos vencieron a los turcos. Los vencedores sabían que, si la perdían, su religión podía peligrar; razón por la que confiaron en la ayuda de Dios a través de la intercesión de la Santísima Virgen. El Papa San Pío V les pidió que rezaran el rosario por los combatientes y, cuenta la tradición que, estando el Sumo Pontífice despachando asuntos, de repente se levantó y anunció que la flota cristiana había resultado victoriosa, por lo que ordenó el repique de campanas y que se saliese en procesión. Días más tarde llegaron los mensajeros con la noticia oficial del triunfo cristiano, instituyéndose el 7 de octubre la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias. Un año más tarde, Gregorio XIII cambió el nombre de la celebración por el de Nuestra Señora del Rosario y determinó que se celebrase el primer domingo de Octubre, añadiéndose a la letanía el *auxilium christianorum*. Actualmente se festeja el 7 de Octubre, aunque algunos dominicos siguen conmemorándola el primer domingo de ese mes.

En el Puerto de Santa María, al ser fondeadero de las galeras reales, se originó una afluencia extraordinaria de aventureros y galeones. Para atenderles en sus penurias y enfermedades, don Diego de Ojeda fundó en 1512 un hospital donde se les atendiese, creándose posteriormente para su mantenimiento el patronato de la Virgen del Rosario, en lo que pudo influir el recuerdo de la referida batalla contra los sarracenos, lo que confirmó además el patronazgo que, de hecho, ya tenía la Virgen sobre toda la flota española, venerada en el convento gaditano de Santo Domingo, y conocida en la actualidad como La Galeona, ya que fue Patrona de las flotas de los galeones que, partiendo de aquel puerto, ponían en comunicación las colonias de ultramar con la metrópoli, realizando lo que entonces se llamaba la Carrera de Indias. Cádiz y Manila pasando por los puertos y territorio mexicanos constituían los puntos de partida y llegada más lejanos de la mayor ruta realizada por aquellas naves; y la Virgen se convirtió en protectora de éstas dos ciudades.

A fines del siglo XVII Nuestra Señora del Rosario era Patrona de Cádiz, ya que allí vivían la mayoría de los cargadores y tripulantes de los galeones. El Tribunal del Consulado declaró oficialmente el patronazgo, concediéndole grados y honores de Almirante. También lo era de Manila y de toda Filipinas, donde se venera

con el sobrenombre de La Naval, en acción de gracias por otra victoria en el mar, cuando en 1646 los holandeses intentaron conquistar la capital del archipiélago. Lo que fue impedido por la flota española, que los derrotó a pesar de la superioridad enemiga, lo que se atribuyó a la Virgen del Santo Rosario, ya que los habitantes de Manila lo rezaron continuamente. En San Blas de las Californias o de Nayarit, en México, llegó también, aunque algo más tarde, la devoción a la Virgen del Rosario. Los dominicos se instalaron en la Baja California a partir de 1773, procedentes del puerto de San Blas, en donde habían de esperar a que los temporales o la disponibilidad de barcos les permitiesen partir a sus misiones. Así templaban su espíritu, iniciándose en el apostolado e inculcando la devoción a la Virgen del Rosario. Como recuerdo de su paso, ahí quedó la imagen de La Marinera, copia de la Galeona gaditana, protectora también de aquellos hombres que se atrevían a navegar por las peligrosas aguas del Mar de Cortés, donde tantos religiosos dejaron su vida.

Antes de que el Consulado y la Casa de Contratación hubiesen sido trasladados de Sevilla a Cádiz, ya era costumbre embarcar la imagen de la Virgen en la nave capitana que dirigía la flota, ubicándola dentro de una hornacina en la cámara de popa. Había dos imágenes casi idénticas con el título de Galeona: una se hallaba en el convento gaditano de Santo Domingo y otra situada en la sacristía del mismo. Ambas hacían la Carrera de Indias, generalmente dos veces por año. Pero, también existen otras muchas de estas imágenes marineras: en el convento de los padres dominicos de Granada se venera una imagen de la Virgen del Rosario bajo la advocación de la Virgen de la Batalla de Lepanto; y en muchas dependencias de la Armada existen varias imágenes en recuerdo de los tiempos en que fue su protectora, como las que se veneran en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando o en la iglesia del Arsenal de La Carraca de aquella misma localidad.

En 1776 partía del puerto de Cádiz, con destino a Veracruz, la última flota de Indias con rumbo hacia América; y hubieron de pasar muchos años para que la imagen volviese a aquellos países de allende los mares, hasta que en 1923 La Galeona partió nuevamente de Cádiz hacia tierras americanas, visitando Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Panamá, Colombia, Venezuela, Cuba y Puerto Rico, para regresar a Cádiz a bordo del Manuel Arnús. Pero fue el 10 de enero de 1986 cuando comenzó una nueva etapa viajera para la imagen de la Virgen del Rosario, al embarcarse en el Juan Sebastián de Elcano, lo que se repitió al siguiente año coincidiendo con la celebración del Año Santo Mariano y con que el buque escuela diera la vuelta al mundo, - lo que no ocurre anualmente, ya que los periplos son normalmente más cortos - viaje que se realizó nuevamente en 1996 con motivo de otra vuelta similar, y en el 2002, coincidiendo, además, con la conmemoración del 75 aniversario de su botadura y su décimo viaje de circunnavegación alrededor de la tierra.

Cuando llego al pueblo por la rotonda principal de entrada a San Martín de Valdeiglesias, desde hace unos meses contemplo una escultura en metal representando un barco, alrededor del que aparece la leyenda *San Martín de Valdeiglesias, la Costa de Madrid*, lo que confirma la vocación de marinera en tierra adquirida por una población que, gracias al pantano de San Juan que baña su término municipal, se ha convertido en el principal área para practicar los deportes náuticos de toda la Comunidad madrileña, constituyendo una importante fuente de recreo y riqueza para sus habitantes. Pero, la vocación marinera de San Martín no para aquí: como demuestra su historia, muchos de sus hijos - entre los que destaca Andrés de Valderrábano como Juan Velázquez de Vargas, Diego García, Bartolomé de la Canal o Isabel de Cepeda viajaron a Indias; y algunos, sin duda, protegidos por La Galeona, de la que aquí, sin saberlo, tenemos una réplica.



Manuel Maestro